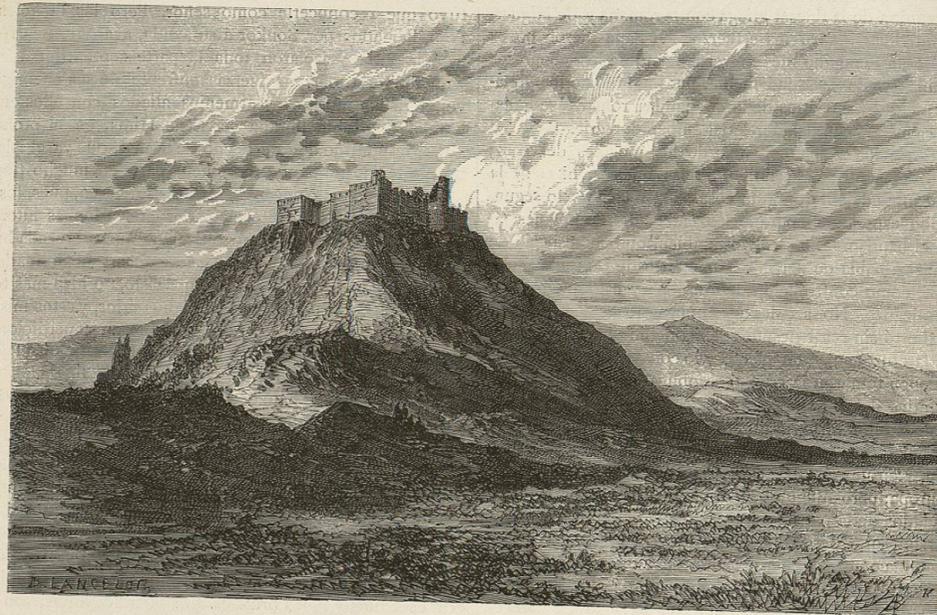


que alcanzó solamente la edad de 14 años, se extinguió la casa de los Lusignan en su línea masculina, y les siguió como fundador de la nueva dinastía su primo Hugo III, hasta entonces príncipe de Antioquía (1). Este Hugo, que había sido ya regente de Chipre y de Jerusalen antes de subir al trono, supliendo á su primo de menor edad, no quiso soportar como rey la soberanía nominal de la casa de Suabia; y como los caballeros del reino de Jerusalen fueron de la misma opinion, logró ser reconocido como verdadero señor del país, no solo en la isla, sino en Siria. La catástrofe de Conradino que sucedió casi al mismo tiempo, le valió además mucho, y así fué coronado solemnemente como rey de Jerusalen, en Tiro, el 24 de setiembre de 1269. Pero aunque



Castillo franco de Klemoutzi

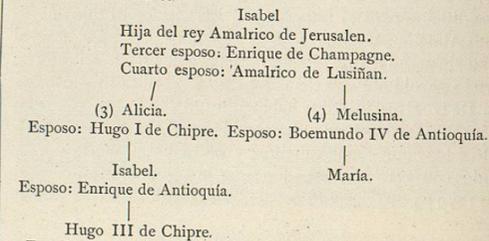
deró de Acre y pidió que se le rindiese el homenaje como á rey de Jerusalen. Hugo no pudo oponer á este ataque mas que débiles fuerzas, porque los caballeros de Chipre habían obtenido de él que fuera de la isla patria no habían de servir á su rey con las armas mas que cuatro meses al año. Con la mayoría de los de Jerusalen, principalmente con los venecianos y templarios, que eran los mas poderosos de Acre, estaba desavenido Hugo. Una tentativa que hizo todavía el rey en el año 1277 por reconquistar á Acre, le salió frustrada, y solo seis años despues, cuando las fuerzas de sus adversarios estaban profundamente quebrantadas por las Visperas Sicilianas, pudo esperar mejores resultados. En el otoño de 1283 se preparaba en Tiro para la guerra, cuando cayó enfermo y murió el 26 de marzo de 1284. Su hijo Juan le sucedió en el gobierno de Chipre, pero murió en 20 de mayo de 1285 antes de poder hacer valer sus derechos á la corona de Jerusalen. El hijo menor de Hugo, el rey Enrique II, logró expulsar á los sicilianos de Acre y reunir la corona de ambos pequeños Estados en una sola.

(1) Los padres de Hugo III fueron Isabel de Lusignan, hermana del rey Enrique I, y Enrique de Antioquia, hermano del príncipe Boemundo VI.

los príncipes de Suabia no pudieron oponerse al usurpador de sus derechos, su conducta encontró en otra parte una peligrosa oposicion. Una tia segunda de Hugo III, la anciana princesa María de Antioquia, tenia igual derecho á la corona de Jerusalen, despues de la muerte de los legítimos Lusignan, que el que entonces la poseía (2). En su consecuencia pidió que fuese depuesto del trono Hugo y que la colocasen á ella en su lugar; y no pudiendo alcanzar su objeto, ni por ruegos hechos á los magnates del reino de Jerusalen, ni por quejas que elevó al Papa, cedió al fin sus derechos al ambicioso rey Carlos de Sicilia á cambio de una pensión. Este envió en el verano de 1277 una pequeña escuadra á Siria á las órdenes del conde Roger de San Severino, se apo-

Durante los años en que el sultan Kilawun echaba los fundamentos de su futura grandeza, los cristianos se destruían en sus contiendas acerca de los derechos al gobierno del resto del condado de Trípoli y del reino de Jerusalen, y

(2) María era hija de Boemundo IV y de Melusina, la cual por su parte era hija de aquella Isabel de Jerusalen que en la época de la tercera cruzada se había casado cuatro veces en muy pocos intervalos. Melusina procedía del cuarto matrimonio de Isabel con Amalrico de Lusignan. Por lo tanto:



Esta María es citada á menudo como esposa de Federico de Antioquia, hija natural del emperador Federico II. Pero no era casada, y aquel Federico estaba casado con una noble romana llamada Margarita.

además los templarios osaron emprender correrías imprudentes por territorio de los musulmanes desde su fuerte plaza de Markab, situada sobre un peñasco casi inaccesible de la costa Norte de Trípoli. Kilawun estaba muy indignado por esta accion; pero como tenia que marchar contra los mogoles, concedió á los hospitalarios, que deseaban renovar el armisticio, un nuevo tratado de paz, duradero por 10 años.

Despues que hubo alcanzado la victoria decisiva cerca de Hims, se le acercaron los templarios y los grandes de la Siria cristiana pidiéndole humildemente un convenio semejante. El sultan accedió á sus ruegos, sin duda porque, inmediatamente despues de la guerra contra los mogoles, no queria provocar á los cruzados á la última lucha que habia de decidir de su existencia, y por esto hizo una serie de convenios



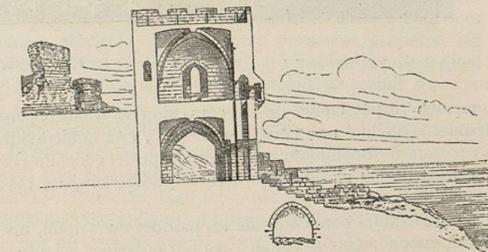
Restos del castillo franco de Cea

en los años 1281 á 83 con las Ordenes de caballeros, con el conde de Trípoli y con los jefes de Acre, convenios que aseguraron á los cristianos un armisticio de diez años, ó mejor dicho, de diez años, diez meses y diez dias; pero les obligó á que no reforzasen en parte alguna sus fortificaciones, excepto en algunos puntos que se mencionaban expresamente, y á que le informasen de la salida de nuevos ejércitos de peregrinos dos meses antes de su llegada.

La paz así establecida no pudo durar mucho tiempo. No la admitieron ni la insolencia y espíritu de partido de los cristianos, ni el deseo de Kilawun de someter toda la Siria. No consta cuál de las dos partes fué la primera en romper el tratado de paz. Los escritores musulmanes sostienen que el sultan apeló de nuevo á las armas en justa venganza de la infidelidad de los cristianos. Es lo cierto que en abril de 1285 se presentó Kilawun delante del castillo de Markab, previos los preparativos hechos con gran secreto, y obligó á que se rindiera la plaza el 25 de mayo, despues de haber minado las murallas. Luego se dirigió contra la elevada y sólida torre de Marakia, situada sobre un peñasco en el mar, á dos tiros de arco distante de la orilla y algo al Sur de Markab. No se podia tomar aquella torre sin buques de guerra; y como Kilawun solo disponia de un ejército de tierra, amenazó á los tripolitanos con un rudo ataque si no obligaban á Bartolomé, señor de aquella plaza insular, á que voluntariamente la entregase. Boemundo VII llegó á verse en grandes apuros, pues Bartolomé, fuerte y valiente guerrero, trató de sostenerse á todo trance. Al fin logró el príncipe doblegar la voluntad del altanero Bartolomé, y el poderoso baluarte fué abandonado por la guarnicion y destruido en comun por obreros cristianos y musulmanes.

Ante estos buenos resultados de Kilawun, se apoderó de los cristianos de los alrededores un miedo cerval, y pidieron

de nuevo la paz. Los armenios fueron los que principalmente se hallaron amenazados, pues por las relaciones que habían conservado con los mogoles durante largos años, se veían perseguidos especialmente por el odio de los musulmanes. El sultan concedió otra vez un armisticio, mediante

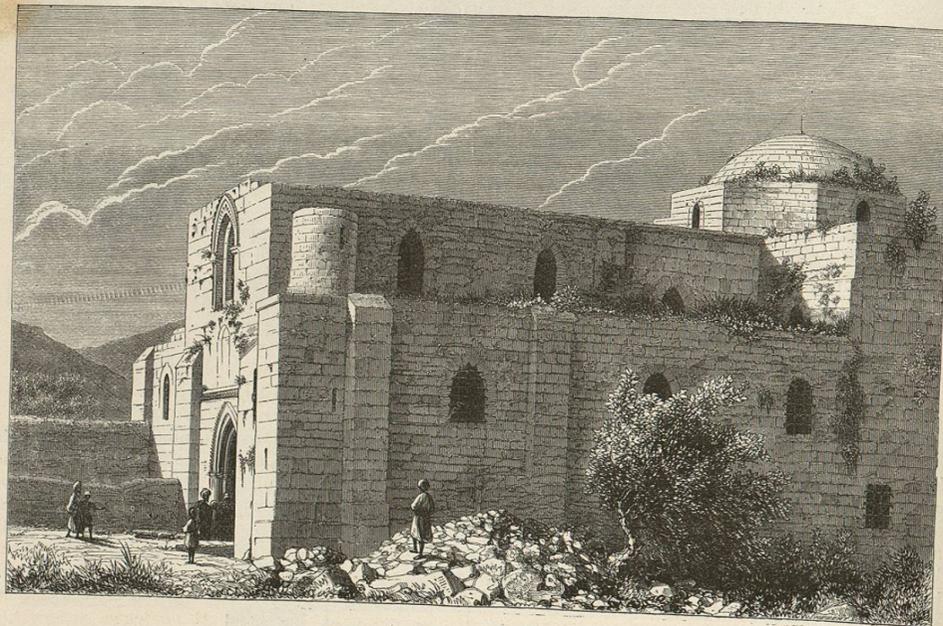


Castillo de Markab

el cual prometieron los armenios pagar anualmente una suma respetable, y á la vez dar pruebas de sentimientos mas humildes para con los musulmanes en todas sus relaciones. La paz, comprada á tan alto precio, estaba, pues, hecha en su parte esencial, pues Kilawun deseaba someter completamente á algunos grandes señores del interior de su imperio, principalmente á su antiguo rival el emir Sonkor, antes de continuar la guerra con los cristianos. Tan pronto como hubo realizado este fin, dirigió nuevamente sus armas contra ellos. Marchó contra Laodicea, donde los cristianos se habían establecido de nuevo algun tiempo atrás, y desde donde hacian un comercio importante con el territorio interior de los

mahometanos, comercio que causaba envidia á los mercaderes egipcios. Pero la importante ciudad no hubiera sido fácilmente conquistada, si sus obras de fortificación no hubiesen sido destruidas en gran parte por un terremoto. A pesar de esto, costó mucho establecer el sitio, pues la suerte de la ciudad dependía principalmente de la dominación de las murallas y torres que habían sido construidas sobre una isla en el puerto, y que sus defensores se esforzaban en sostener; y solo cuando las tropas del sultan construyeron un dique que llegaba hasta la isla, y la abrumaron con los certeros tiros de sus máquinas de guerra, se rindió la fortaleza á los vencedores con todos los castillos de su alrededor.

Después se dispuso Kilawun á la lucha contra Trípoli,



El monasterio de San Sabas

compatriotas por medio de un convenio con Gibelet; pero después se inclinó más hacia la princesa, y esta hubiera sido la sucesora de Boemundo, si la destrucción del condado por la espada de los musulmanes hubiera podido diferirse más tiempo.

Las miserables contiendas de los partidos en Trípoli, instigaron naturalmente al sultan á realizar el ataque tan pronto como le fuera posible. Hechos los grandes preparativos, que requerían la gran población y las buenas obras de fortificación de la ciudad cristiana, acampó en marzo de 1289 delante de las murallas enemigas con un poderoso ejército y enormes máquinas de sitio. En aquella hora de supremo peligro se calmó la discordia entre los cruzados; los habitantes de Chipre enviaron socorros; los genoveses, pisanos, venecianos, hospitalarios y templarios, hasta entonces divididos, acudieron unánimes á la defensa. Pero el empuje de los mahometanos era irresistible. Las murallas fueron minadas ó destruidas y expulsados de la plaza sus defensores á hierro y fuego. El 27 de abril penetraron por asalto los enemigos, y los cristianos se defendieron con extremado valor. Vana y obstinadamente pelearon todavía unos 7,000 contra un enemigo muy superior, y poco después se extendieron las masas san-

que se hallaba entonces en situación desesperada. Boemundo VII había muerto sin sucesión en 19 de octubre de 1287, y pretendía el gobierno de la ciudad, no solo su madre Sibila sino también su hermana Lucía. Esta última, que estaba casada con el caballero francés Narjoud de Toucy, no se hallaba en Siria. Hasta su llegada había de hacer sus veces, Bartolomé de Gibelet como gobernador de Trípoli; pero este quiso apoderarse para siempre del condado, y al efecto hizo grandes promesas de una parte al sultan, y de otra á los genoveses, si le prestaban ayuda. Casi al mismo tiempo llegaron á Trípoli la princesa Lucía con una pequeña escuadra, y el almirante genovés Zacarías con algunos barcos. Este último trató al principio de sacar ventajas para sus

guarniciones por todas las partes de la ciudad. Una parte de la guarnición y algunos de los habitantes escaparon á Chipre embarcados. Los que permanecieron en la ciudad fueron muertos, y las mujeres y niños reducidos á la esclavitud. El enemigo recogió un inmenso botín y entregó á las llamas todo lo existente, palacios, chozas, murallas y torres. La caída en poder del enemigo de la mayor parte de los pequeños lugares pertenecientes al condado de Trípoli completó en poco tiempo aquella terrible tragedia.

El papa Nicolás IV supo con profunda pena la nueva de aquella calamidad que había caído sobre Tierra Santa, y comprendió lleno de amargura, que se acercaba el fin de la dominación cristiana en Siria. Para ayudar á sostenerla en lo que le fuera posible, armó una pequeña escuadra con el importe de las contribuciones de cruzada, que envió á Acre; pero como los barcos estaban mal equipados y sus guerreros mal armados, regresaron la mayor parte de ellos á Italia poco tiempo después. Peor resultado tuvieron los llamamientos para la formación de nuevos ejércitos de peregrinos, que hizo el mismo Papa. Los reyes de la cristiandad se mostraron indiferentes, ó por lo menos aplazaron la cruzada, que habían prometido, para tiempo más remoto. La última esperanza

para los cristianos estaba en el éxito de las repetidas embajadas de los mogoles del Iran, que pidieron por aquel tiempo en Roma, Francia é Inglaterra una acción común contra el sultan Kilawun. Pero esto tampoco dió resultados á los cristianos sirios, ya porque de parte de Europa nada serio se hizo en su favor, ya porque los mogoles, ocupados enteramente en sus discordias interiores, no tenían fuerzas suficientes para hacer una guerra formal en el exterior. Para colmo de desdichas, en la primavera de 1290, los genoveses que acababan de pelear con reconocido valor en las murallas de Trípoli, concluyeron en bien de su comercio, un tratado amistoso con el Egipto; y por el mismo tiempo los reyes de la casa de Aragón, los enemigos de la curia romana, los Anjou de Nápoles, Alfonso III de Aragón y su hermano Jaime de Sicilia, hicieron una estrecha alianza ofensiva y defensiva con el poderoso Kilawun.

En tales circunstancias, el ataque decisivo de los musulmanes contra los últimos restos del reino de Jerusalén no podía ya hacerse esperar mucho tiempo. Verdad es que el sultan había concedido al rey Enrique II de Jerusalén y de Chipre, después de la rendición de Trípoli, y en el verano de 1289, una tregua de dos años; pero los cristianos temieron ser expulsados de la costa siria antes de espirar aquel plazo. Guerreros de Acre, mercenarios del papa Nicolás, ó merodeadores de cualquiera otra fuerza de los francos, cometieron horribles desafueros en el vecino territorio mahometano y violaron allí la paz hecha con Kilawun. El sultan procedió entonces con apariencias de gran moderación, pidiendo únicamente satisfacción por la ruptura de la paz, y confiando en que los sucesos se desarrollarían en adelante de conformidad á sus deseos. Los nobles señores de Acre ya no eran dueños de las masas populares, y por lo tanto no podían dar la satisfacción pedida; así fué que Kilawun estuvo en perfecto derecho para declarar de nuevo la guerra á los cristianos.

Acre era entonces una de las ciudades más bellas y más florecientes del mundo. Iglesias y palacios semejantes á castillos, casas de comercio y almacenes, jardines y acueductos cubrían su territorio rodeado de gigantescas fortificaciones. El comercio más activo había acumulado allí las preciosidades de medio mundo. En la población estaban representadas todas las naciones de Europa y aun casi todos los pueblos civilizados del universo. El uso immoderado de los placeres se unía allí al fanatismo religioso, y los sublimes sentimientos de heroicidad, al egoísta espíritu del comerciante; y esta mezcla de buenas y malas cualidades, nobles y cobardes, dió por resultado que, en el último acto de la gran tragedia de la guerra santa, manifestase todas las virtudes y todas las faltas y defectos que jamás antes se habían observado en los cruzados.

La noticia de las intenciones guerreras del sultan Kilawun causó gran consternación en Acre en los primeros momentos. Pero después que el patriarca Nicolás de Jerusalén hubo pronunciado un discurso entusiasta, se resolvieron unánimes los caballeros, ciudadanos y mercenarios á defender hasta el último extremo «la excelente ciudad de Acre, puerta para los lugares santos de la tierra prometida.» Se enviaron mensajeros á Europa, para implorar socorros del Papa y de los reyes de la cristiandad, y aunque este paso ya no dió resultados, sin embargo, parece que á lo menos las órdenes de caballería recibieron refuerzos de Occidente. Además, llegaron algunas divisiones de guerreros de las ciudades vecinas de la costa y de Chipre; y con las pocas tropas que aun conservaban en Tierra Santa los reyes de Francia y de Inglaterra, se pudo reunir una fuerza de 20,000 soldados. Este ejército estuvo por su número en condiciones de defen-

der largo tiempo la fuerte plaza, y se halló asimismo animado al principio de espíritu valeroso, aunque luego fué un manantial funesto de calamidades la falta absoluta de concordia, obediencia y disciplina. Faltaba á los cristianos un verdadero general en jefe, pues el que llevaba la corona de Jerusalén no tenía bastante autoridad entre ellos, y permaneció además tranquilo en Chipre hasta casi después del sitio de Acre. Los templarios, los hospitalarios y los teutones, los pisanos y los venecianos, los caballeros de Siria y Chipre, de Inglaterra y de Francia, convinieron en un plan de combate, al cual todos debían atenerse; pero después cada grupo hizo lo que le aconsejaba su propia utilidad y la gente baja faltó á la santa seriedad de esta guerra con insolentes actos de arrogancia y extravagantes disoluciones.

El sultan Kilawun se armó en cambio de todas sus fuerzas y preparativos. Como sabía que tendría que vencer para alcanzar la victoria muchas dificultades y peligros, que tanto temían muchos de sus emires, hizo reunir á sus juriscultos para que declarasen que la paz había sido violada por los cristianos y que la guerra contra Acre era por lo tanto un deber sagrado para los musulmanes. En el otoño de 1290 salió del Cairo para establecer su tienda entre las masas del ejército que se reunieron en Siria. Pero no había avanzado todavía mucho cuando cayó enfermo y murió en 10 de noviembre de 1290. Su muerte frustró las esperanzas de los cristianos en orden á su inmediato porvenir, pues el hijo y sucesor de Kilawun, el sultan Almelik Alaschraf, no solo continuó la empresa de su padre con el mismo celo, sino que, con su carácter cruel, amenazó á cada uno de sus oponentes con la mas completa ruina.

En marzo de 1291 llegaron las tropas de vanguardia del ejército musulmán á la campaña de Acre. Poco á poco fueron llegando nuevas tropas; y cuando á principios de abril llegó el sultan, se reunió allí un inmenso ejército con todo lo necesario para emprender la campaña. Tenían los musulmanes 92 máquinas de sitio, de las cuales una era tan grande, que necesitaba cien carros para trasportar sus distintas piezas. La guerra empezó con combates más ó menos empeñados á campo raso y en las inmediaciones de Acre. Los cristianos hicieron salidas atrevidas y se animaron entre sí con valor siempre creciente. Los hombres prudentes previeron sin embargo el mal resultado del sitio, en vista de la superioridad del enemigo y de la poca probabilidad de recibir socorros de Occidente; por esto intentaron los templarios, que en tiempos anteriores habían mantenido relaciones relativamente buenas con los sultanes de los mamelucos, hacer una tregua con Alaschraf; pero las negociaciones no dieron el resultado apetecido, bien fuera porque el sultan impusiera condiciones inaceptables, ó bien por la obstinación de la gran mayoría de los habitantes de Acre, demasiado altaneros para evitar su ruina á costa de grandes sacrificios.

El 4 de mayo fueron sorprendidos agradablemente los sitiados por la llegada del rey Enrique de Jerusalén, con un pequeño cuerpo de ejército chipriota que iba á su socorro; pero no tardaron en comenzar los sufrimientos de la guerra en su más alto grado. Las murallas y las torres de Acre fueron atacadas por los musulmanes desde el 5 de mayo, empleando al efecto las minas, el fuego y todas las artes conocidas. Tras larga lucha que causó estragos sin cuento, agotaron sus fuerzas los defensores, y ya no les quedaba esperanza alguna de poder sostener la fortaleza. Entonces muchos de los opulentos ciudadanos enviaron á Chipre sus mujeres, hijos y tesoros, y luego ellos siguieron á los fugitivos á la misma isla. Los que componían la colonia italiana parece que fueron los primeros que así desertaron de la causa común. Pero pronto cundió la desesperación en casi toda la población de